

sea preciso reconcentrar la Guardia civil á las ciudades con motivo de alguna huelga, y las romerías queden entregadas á los majos.

\*\*

Por supuesto que el *record* de la criminalidad lo *baten* (¡qué castellano tan lindo que escribimos en estos tiempos del automóvil!) los románticos del honor, los asesinos de mujeres, los suicidas en combinación, que primero despachan á su novia y luego se vuelan la tapa de lo que no tienen. La Edad media sólo recuerda algunas parejas dignas de girar en el remolino de Dante: en el día son legión. Se necesita pecar de rutinario para hablar de la bancarrota de la poesía. Más que nunca el amor clava su dardo de oro y fuego en las almas; lo que hay es que ya nadie inmortaliza á esos desesperados líricos, que se precipitan á la muerte como los chicos de los puertos de mar á las olas — con la cabeza baja, los ojos cerrados...

\*\*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REFLEXIONES. — ZOLA

Parece que al fin alguna, mínima parte de la opinión, empieza, no hace más que empezar, á alarmarse, tímidamente, ante el incremento de la criminalidad en España. A tal incremento vienen refiriéndose (con la constancia que permite el deseo de dar amenidad y variedad á la sección) estas crónicas mías. No ha faltado quien las tilde de pesimistas. Contesten los hechos.

\*\*

¿Cómo explicar el fenómeno? Alguien lo achacará á falta de religión y creencias firmes. Alguien á falta de instrucción y cultura. Alguien á falta de represión y ejemplaridad. Y todos tienen razón, porque el fenómeno es complejo. Aquí se han rebajado muchas cosas, otras no han germinado, y otras se han llenado de orín y no funcionan. España es á la vez tuberculosa y artrítica. Gasta demasiado y gasta poco; quema aprisa su sangre y forma también residuos, depósitos de herrumbre, de esos que revelan imperfecta asimilación. En este sentido dicen bien los reaccionarios, que eran preferibles los tiempos de nuestros abuelos: al menos entonces se sabía á qué atenerse.

\*\*

No es difícil comprobar, en la larga y fúnebre lista de los crímenes y delitos de estos últimos meses, la dualidad á que me refiero. Los hay que indudablemente proceden de la lectura de periódicos: los hay que proceden de no saber leer, ni periódicos, ni nada. Los hay tan sin objeto, tan gratuitos, que sólo pueden achacarse á lo que en un tiempo famoso Sunyer y Capdevila llamaba «instintos salvajes del hombre primitivo», añadiendo con desengañada melancolía: «Me consta que no los han perdido mis correligionarios.»

¿Qué me dicen ustedes, verbigracia, de los dos individuos que se asetonaron navajazos definitivos, por si el uno cortaba mejor que el otro una raja de melón? ¿Qué de los dos en quienes el origen de la disputa con resultados mortales fué la apreciación técnica de un par de banderillas al cuarteo?

En Galicia, antaño, apenas se cometían esta clase de crímenes. Caracterizaba la criminalidad de las cuatro provincias el ir contra la propiedad. Las riñas, las guapezas, los desafíos de matones, no menudeaban. Hoy son el pan nuestro. — Aquí de lo dicho antes. Los adelantos modernos, para esta pobre gente, toman forma de revólveres y puñales baratos. Antes no poseían más que su garrote, su hoz. Con el revólver y el puñal se encuentran como los aschantis si les dan fusiles. Siéntense guerreros. En un sitio llamado *El Espíritu Santo*, á corta distancia de mi aldea, libróse el mes pasado una batalla campal: muchas de las que reseñan los libros y que dejaron huella en la historia, fueron, de seguro, reñidas entre menor número de combatientes: como que los del Espíritu Santo eran unos ochenta, bien armados, animosos, y que tenían la ventaja de batirse sin sospechar ni remotamente por qué, con lo cual su ardor bélico y su fe entusiasta no se resfriaron un punto. Y en efecto, la empeñada lid duró cosa de tres horas, á tiros, cuchilladas, palos, puñadas y puntapiés, y se acabó por cansancio y falta de municiones. Fué algo homérico, que se repetirá apenas

Sería pretensión peregrina y extraña la de que un sentimiento cardinal, como el amor, decrezca porque existan ferrocarriles, automóviles, bicicletas, máquinas de escribir, repartidores automáticos y demás inventos. Es como si supusiésemos que por existir impermeables de caucho no llovería más.

Enamórase la gente ahora lo mismo que en tiempos de Hero y Leandro. Y si cabe, con más ahinco. ¿Por qué? Sencillamente porque en el fondo de la memoria colectiva de la humanidad existe mayor depósito de esos recuerdos y esas impresiones que luego el arte aviva y exalta hasta lo sumo, y que aumentan, no la capacidad física, sino la sentimental, que es la que importa. Cuando la mujer ni había sido idealizada ni cantada; cuando era una oveja más en el rebaño del pastor errante, una prenda más en el botín, no determinaba lo que hoy determina; no causaba lo que hoy causa. En nuestra semi-civilización, sujeta aún la mujer, atribuida todavía al hombre como propiedad, pero ya resguardada por infinitas formas nacientes de las costumbres, y por algunas, relativas, de la ley, es cuando solivianta el espíritu y los sentidos, hallándose expuesta á sufrir la violencia y á originar la desesperación. El archiduque ó príncipe ruso (no estoy muy cierta de cuál era su categoría social) que acaba de matar de un tiro de revólver á una cantante, hallándose ella en escena, por haberse negado á entablar relaciones amorosas con él, partía, tal vez sin darse cuenta, de este principio: la cantante es mujer, luego es sierva; tengo derecho de vida y muerte sobre la sierva; me resistía... y el resto de la frase de Antony.

\*\*

No son sólo los príncipes y archiduques los que practican por instinto la idea adquirida y arraigada. — El hombre del pueblo supone también que la mujer anhelada le pertenece, y que al negársela, pena de la vida. — Es preciso que los juristas penistas estudien el problema del *ginecidio* (¿puede decirse así?). Es preciso que el jurado lo estime tan punible, al menos, como el robo de una gallina ó de un mantón. Hay toda una serie de crímenes que ya no se castigan y por lo tanto arrecian; pues, digan lo que gusten los termómetros de la filosofía benigna y generosa, el miedo al presidio y al garrote no deja de producir cierta moderación saludable...

No se moraliza con el castigo; se evita, se reprime; la moralización es de otra suerte. Estimo la higiene más que la medicina, el régimen diario más que el remedio heroico; pero hay ocasiones en que es preciso enviar á escape por el remedio á la botica más próxima, y tragarlo á puñados...

\*\*

Ha muerto en París Emilio Zola á consecuencia, según parece, de un accidente casual, no tan imprevisible, sin embargo, que no se repita con alguna frecuencia: la asfixia por el ácido carbónico, contingencia posible de las estufas y aparatos de calefacción alimentados con carbón vegetal ó mineral. Un descuido dió á Zola el género de muerte que de seguro hubiese preferido si le permitiesen elegir: la *repentina, inopinada*, que deseaba Julio César. Breves instantes de aturdimiento, de una especie de embriaguez paralizante; un inconsciente esfuerzo hacia la vida... y el desvanecimiento final, la pesada caída al suelo, como una masa inerte. — ¡No más! Es bastante para cualquier individuo de nuestra

raza, para Zola, para el emperador de Alemania, para Nansen... Un vaporcillo mefítico que llega al cerebro... y se acabó todo.

Cinco ó seis años tendría yo cuando un brasero mal encendido pudo dejarme huérfano: mis padres estuvieron á pique de pasar del sueño á la muerte casi sin notarlo. — Acaso este recuerdo confuso de la niñez ha sido causa de que me repugne infinito la calefacción. El sol en la calle, un ligero abrigo dentro de casa, me bastarían, y cuando enciendo una estufa es por evitar que se les hiele la respiración á los que me visitan. El aire puro es para mí una divinidad benéfica y adorada. El brasero me infunde una repulsión instintiva.

\*\*

Para el arte, Zola, á mi entender, ya había muerto hace años, y especialmente desde el proceso Dreyfus. Yo he sido el primer crítico que en España analizó y se atrevió á ensalzar, como artista, no como pensador, á Zola, cuando su nombre era pronunciado con horror y su trabajo enteramente desconocido; todavía hace pocos días, á propósito de una novela de Zola, *Verité*, en publicación, recordaba en *El Imparcial* el Sr. Gómez de Baquero la justicia que á Zola tributé, contra viento y marea y á capa y espada. El Sr. Gómez de Baquero se equivoca al decir que tradujo á Zola: no le tradujo, ni le traduciría, por varias razones, entre ellas porque Zola, que fué un gran artista, no fué un artista de la forma, exquisito, raro, refinado como los Goncourt, y traducir á Zola... sería traducir, y no más. Repito que otras varias causas me lo impedirían también. Nunca se me pasó por la imaginación hacerlo.

Pues bien; con toda mi admiración á Zola, debí reconocer su decadencia, absoluta, irremediable, de los últimos tiempos, y deplorar que no hubiese cesado de escribir antes de *Roma*, *París*, *Fecundité* y otros evangelios más ó menos humanos. Hay quien los encuentra de perlas, pero... No quisiera ofender á nadie, y ello es que no puedo estimar en un ardiente, literariamente hablando, á esos admiradores de la última etapa de Zola; y sería imposible que después de reconocer su mérito al Zola genuino, al del *Assommoir* y *Germinal*, encontrase en mí misma elementos de entusiasmo para el Zola satélite y pálido reflejo de Víctor Hugo — el Zola evangelista.

\*\*

¿Qué más da? Nunca una vida artística entera honra á un artista. Balzac empezó por rapsodias; por rapsodias acabó Zola. Los dos son grandes. Medirles comparándoles será fácil dentro de algún tiempo, cuando los apasionamientos contra Zola se apaguen y comience la labor depuradora.

Y apenas escrita la afirmación que precede, acude á mi memoria un ejemplo que parece desmentirla. Recuerdo á Maupassant, ese artista *neto*, sin aleación antirreligiosa ni política, sin *evangelios* de ninguna clase..., y veo que Maupassant fué tan excelente al principio como al fin, á pesar de la locura que invadió su espíritu. Maupassant crece cada día. Es el gran hablador, el gran observador. — En vida se le contó, generalmente, entre los *discípulos* del que acaba de sucumbir. Eran dos maestros, el uno que puede servir de modelo; el otro que sería un modelo funestísimo, porque sus cualidades y defectos le pertenecían y formaban un conjunto indivisible; de suerte que aislar los unos y las otras sería mutilar un ser vivo, producir un monstruo.

\*\*

En la carencia de pormenores acerca de la muerte de Zola, no sabemos si lega á alguien su biblioteca, sus objetos de arte, ó si todo será vendido y dispersado, borrando así el recuerdo de un interior muy típico, de intelectual y de solitario. — El autor de *Fecundité* no tenía hijos, ni aun sobrinos; si muere su esposa, también gravemente enferma á consecuencia del mismo accidente, ¿quién recogerá el fruto de una existencia de asidua labor, el producto, no escaso, de tantos libros ruidosos y célebres, quién conservará la memoria familiar del discutido, ultrafamoso y odiado artista?

A su nombre va unida una fase literaria entera, una evolución del arte, un concepto estético, si no nuevo, al menos presentado con novedad retórica é impuesto con bríos de atleta. Su huella es profunda, dura, ancha, como los surcos abiertos por el arado en el hermoso cuadro de Rosa Bonheur *Labourage nivernais*. Pero es surco en la tierra, no obra en mármol y bronce.

EMILIA PARDO BAZÁN.